

Otro joven simpático—pongo ahora por caso,—le conviene á una niña casadera. Le conviene porque es buen mozo, porque tiene dinero, porque tiene porvenir (como se dice malamente), ó nada más porque desea casarse. Y para que no se vaya, para que crea en ella, para uncirlo á su vida, como se unce un buey á la carreta cargada de paja, le finge amor, le finge virtudes, le esconde todo lo malo, todo lo ruín, todo lo putrefacto que ha de llevarle en dote; le habla mucho delante de la mamá, encubridora y cómplice, de su modestia de su humildad, de lo malas que son otras mujeres y habla mucho, habla mucho ¡y qué muda que es esa habladora!

Ya véis, mis oyentes, cómo la mudez es enfermedad harto común. Acompañadme ahora á pedir al Altísimo que muchas hablen y que algunas callen.

Así sea.

CUARTO SERMÓN.

«En aquel tiempo: Vino Jesús á una ciudad de Samaria llamada de Sicar, vecina á la heredad que Jacob dió á su hijo José. Aquí estaba la fuente de Jacob. Jesús, pues, cansado del camino, sentóse así sobre el brocal de este pozo. Era ya cerca la hora de sexta. Vino una mujer samaritana á sacar agua. Díjole Jesús: Dame de beber. (Es de advertir que sus discípulos habían ido á la ciudad á comprar que comer). ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber á mí que soy samaritana? (Porque los judíos no comunicaban con los samaritanos). Díjole Jesús en respuesta: Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: «Dame de beber;» puede ser que tú le hubieras pedido á él, y él te hubiera dado agua viva. Dícele la mujer: Señor, tú no tienes con que sacarla, y el pozo es profundo: ¿Dónde tienes, pues, esa agua viva? ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro padre Jacob que nos dió este pozo del cual bebió él mismo, y sus hijos y sus ganados? Respondióla Jesús: Cualquiera que bebe de esta agua, tendrá otra vez sed; pero quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá á tener sed: antes el agua que yo le daré, vendrá á ser dentro de él un manantial de agua que manará hasta la vida eterna. La mujer le dijo: Señor, dame de esa agua, para que no tenga yo más sed ni haya de venir aquí á sacarla. Pero Jesús le dijo: Anda, y llama á tu marido, y vuelve acá. Respondió la mujer: Yo no tengo marido. Dícele Jesús: Tienes razón en decir que no tienes marido, porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido. En eso la verdad has dicho. Díjole la mujer: Señor, ya veo que tú eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar. Respondióle Jesús: Mujer, créeme á mí: ya llega el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis. Pero noso-

tros adoramos lo que conocemos: porque la salud procede de los judíos. Pero ya llega tiempo, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y por lo mismo los que le adoran, en espíritu y en verdad deben adorarle.»

Esto, mis señoras, dice el Evangelio que, de seguro, leísteis el viernes último en vuestro devocionario forrado de terciopelo color de oro viejo. Eso dijo el mismo Dios, y uno de sus ministros más elocuentes (y más amables porque es francés), el padre Didon, dice lo que sigue en su flamante y hermoso libro, JESUCRISTO:

«Ese encuentro de una mujer en el pozo de Jacob; esa petición de un vaso de agua; ese coloquio, esos incidentes tan comunes en la vida, dieron á Jesús ocasión de manifestarse tal cual era, en su conmovedora y sublime intimidad.»

«El es el Cristo, el que viene, el que esperan los samaritanos, los judíos y toda la humanidad: dícelo á una pecadora á quien transforma su presencia y á quien inicia su palabra en la verdad eterna; á sí propio se llama el Don de Dios; y promete que á cuantos lo piden, comunicará el Espíritu que llama él «agua viva,» tomando este símbolo precisamente del agua que pedía la Samaritana.»

«¿Qué espíritu es éste? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? Impenetrable en la sustancia, se muestra solo en los efectos, porque en las almas creyentes se transforma en la única fuente abrasadora que calma las esperanzas infinitas. Como los manantiales terrestres cuyo punto de término está á la altura de su origen, el agua viva del Espíritu nace en las profundidades de Dios, brota en las conciencias y en Dios mismo va á perderse. Dar esa agua viva, es la función propia del Mesías: El es el verdadero pozo de Jacob, abierto por Dios mismo en el sitio en que se cruzan todos los caminos por donde va la caravana humana: El funda así la religión eterna, el culto en espíritu y en verdad. En lo venidero, ya no será Jerusalén la enemiga de Garizim: El es el Templo y ese Templo, está en todas las almas que habita el Espíritu y que adoran á Dios en ese Espíritu de verdad y de amor. Ésa es su Iglesia, ese es su Reino.»

Otro padre, excomulgado éste, —también los samaritanos, mis señoras, estaban excomulgados,—el reverendo y virtuoso sacerdote Ernesto Renan, dijo algunos años antes casi lo mismo que el elocuentísimo predicador á quien acabo de citar y al que todavía no han excomulgado. Esto se lee en la *Vida de Jesús*, con relación al coloquio de que hablamos:

«Aquel día Jesús dijo por primera vez la palabra que había de ser la base y el cimiento de la eterna religión; fundó el culto puro, sin fecha, sin patria, el que practicarán todas las almas levantadas hasta el fin de los tiempos. Y desde ese día memorable no solo fué su religión la religión buena de la humanidad, sino la religión absoluta;

tanto que si en otros planetas hay habitantes dotados de razón y de moralidad, su credo religioso no puede ser diverso del proclamado por Jesús, cabe el pozo de Jacob. El hombre no ha podido mantenerse en él porque solo podemos asir el ideal durante brevísimo momento. La palabra de Jesús fué un relámpago en noche oscura. Mil ochocientos años se han necesitado para que la humanidad— ¡qué digo...! ¡una porción infinitamente pequeña de la humanidad!— se haya acostumbrado á realizar esa palabra. Pero ese relámpago será la luz algún día, y tras de haber recorrido los tenebrosos círculos de los errores, la humanidad convertirá la mirada á esa palabra como á la expresión suprema é inmortal de su fe y de su esperanza.»

¿Verdad, señoras, que el padre Renan y nuestro padre Didon, que está en París, se parecen á ratos? ¿Verdad que el Amor y el Perdón—dos hermanos gemelos—son los que fundaron el Cristianismo, y los que piden limosna para alimentarlos? ¿Verdad que dar agua al sediento y esperanza al que la ha menester, sin preguntarle si cree en esto ó en aquello ó si ha cometido algún pecado, siempre es muy hermoso?

Como esta eficaz virtud de la indulgencia es la que me he propuesto inculcaros en mis sermones cuaresmales, por tenerla en altísimo concepto y creer que de ella depende en mucho vuestra doméstica ventura, no podía dejar que pasara inadvertido el Evangelio del perdón más amplio. Ya os he dicho que á la adúltera no la perdonó Jesús: á lo menos no consta en los Libros Santos tal perdón. Perdonó explícitamente á la Magdalena; pero ésta era pecadora nada más y, para que nos entendamos, diré que era una pecadora católica y no una pecadora hereje como la Samaritana. Ya sabéis que los judíos veían á los samaritanos, como algunos de nosotros miramos á los yankees. Amén de ello, la Magdalena estaba arrepentida de sus culpas y amaba mucho al Salvador: circunstancias ambas que hacían el perdón menos difícil.

Perdón bueno el de la Samaritana, la de los cinco maridos, la yankee, la protestante, la que no conocía á Jesús, la que titubeó antes de darle el vaso de agua, la que no sabemos si era hermosa ó fea. Eso es lo que se llama perdonar.

Algunas señoras —no vosotras que sois todas unas santas, porque tenéis la santidad de la belleza y porque yo os canonizo,—suelen no imitar el divino ejemplo de Jesús. Para ellas hay dos clases de samaritanas: la samaritana de raza, la yankee, la extranjera, y la samaritana de vida. . . . la . . . la . . . la que no ha sido tan virtuosa como algunas mujeres y como vosotras. ¡Y á ninguna de las dos perdonan!

Vais á escandalizaros, porque de seguro ni presumíais que se cometieran estas injusticias: hay mujeres que detestan á otras única-

mente porque son extranjeras. Y no llamo extranjeras tan solo á las que han nacido en otro país. Para la fea, extranjera es la hermosa; para la tonta, extranjera es la inteligente; extranjera es la rica para la pobre, y para la mal vestida es extranjera la que gasta buenos trajes. Ni ellas se resignarían á pedir un vaso de agua á esas samaritanas, ni éstas probablemente se arriesgarían á beber el agua que ellas les dieran. Y sin embargo, señoras mías, ¡ganarían tanto esas proteccionistas, esas chinas, con decir á las samaritanas: ¡Acercaos!

Yo, que no soy médico, creo que todo es contagioso, hasta la belleza, hasta el talento. Una mujer rica, de esas extranjeras que se visten bien de seda, pueden enseñar á otra pobre á vestirse bien de lana. La diferencia consistirá en que un traje será bonito y rico, y otro, bonito nada más. Pero á los hombres lo que nos gusta es lo bonito.

Lo necesario en la vida—y sobre todo, en la vida del matrimonio—es imitar lo bueno. ¿Para qué inventar, si es más difícil?

Lo malo es que muchas señoras, lejos de imitar lo bueno en donde lo hallen, aunque sea en las samaritanas, procuran hacer lo contrario. Cuántas veces va el marido á alguna casa únicamente porque en ella preparan bien el café. Al principio no le gusta más que el café; pero á fuerza de ir, y á fuerza de que su mujer le diga diariamente —¡ese café ha de ser pésimo!— acaba porque le sigue gustando el café, y, además, la señora que lo sirve. Cuánto más valdría que la esposa preguntara á esa que puede ser su amiga y todavía no es su enemiga:— Señora, ¿cómo hace usted ese café?

Por eso digo á las que me oyen. . . me equivocó! á las que no me oyen:—¡acercaos! Ya no hay samaritanas ni judías! Ya no hay Jerusalén ni Garizim!

Hay encantos, señoras, que se pueden robar honradamente. Hasta las gentes malas pueden enseñarnos, desde lejos, algo bueno. La lectura de los libros prohibidos puede permitirse á las mujeres casadas. . . Siempre que se limite á algunas páginas.

Comunmente—y hablo, por supuesto, de aquellas que se casan con un hombre honrado y que las quiere,—las que se quejan de que otra mujer les robó el cariño de su esposo, son cómplices en el delito. Cuando menos, por inadvertencia fueron víctimas, y no hay que culpar á la policía. . . digo, al marido. En este mismo púlpito predicó ayer otro padre de la Iglesia un sermón edificante sobre el homicidio del Sr. Hernández. Dijo, y tuvo razón: que, en parte, el asesinado tuvo culpa. ¡Acostumbraba estar solo, á oscuras. . . y rodeado de joyas! Naturalmente, la tentación fué poderosa.

Yo, por lo mismo os recomiendo, que no dejéis á vuestros maridos solos ni á oscuras, porque todo marido que está solo busca y encuentra compañía; y todo marido que está á oscuras. . . encuentra

alguna luz, con L, mayúscula. Y dejar solo á un marido es no entrar en su vida, es no seguir su pensamiento, es no amar lo que él ama y puede amar su esposa. Dejarlo á oscuras es no querer, no saber cómo se enciende la luz en el alma con un beso.

Cuando la catástrofe acontece, dicen algunas que las han robado. ¡Pero si se han dejado robar, señoras mías. . .! ¡Si dejaron, como el Sr. Hernández, abierta y á oscuras la joyería. . .!

No me cansaré, pues, de repetiros, que pidáis á las samaritanas, á las enemigas de raza, todo lo bueno que puedan daros. Esto á las samaritanas que llamo yo «extranjeras,» porque son de otra belleza ó de otra inteligencia. En cuanto á las samaritanas que. . . que han tenido cinco maridos como la del Evangelio, también tengo que aconsejaros el perdón. No, la amistad, no; pero sí la indulgencia. Jesús habló con la mujer de Samaria porque era hombre. La Virgen Madre, el arque-tipo supremo de la mujer, no habló con ella.

Pero, oyentes mías, cuando os hablen de esas pobres samaritanas. . . ¡seguid siendo buenas!

No voy á repetiros el verso célebre de Víctor Hugo, porque sería eso una vulgaridad imperdonable; pero ¿qué sabéis? ¿qué se yo? ¿qué sabemos?. . . Algunas son malas, porque heredaron la maldad como se hereda la locura, porque su sangre es como vino adulterado, porque sus instintos y sus pasiones son como los borrachos. Pero eso que lo diga el médico: nosotros no tenemos los datos suficientes para hacer el diagnóstico.

Otras, mis señoras, han tenido cinco maridos como la mujer de Samaria, porque cuatro fueron malos y el otro acaso lo es ó va á serlo.

Hay una máxima inmoral que dice: *Hazte rico honradamente si puedes, y si no. . . hazte rico.* En el amor, que es la tendencia á adquirir lo más bueno y lo más bello, esa máxima. . . continúa siendo inmoral, pero es más humana y hasta más perdonable.

Registra muchos mártires el legendario; pero son más los que no han querido ser mártires. Pues qué, ¿no hay carne? ¿No hay espíritu? ¿No quiere éste saber de amor, y aquel gustar de amor?

¿Qué sabéis de los desencantos que han sufrido esas mujeres que no hallaron nada noble que amar? Disculpád á unas, perdonad á otras; compadeced á todas.

¡Pobres! ¡Esas sí que son pobres. . .! ¡Las que piden amor, porque no tiene que comer su alma, las que están solas cuando están con su marido!

Por las que son malas, de maldad, pedid á Dios misericordia; por las que no son buenas, orad también, pero con más cariño. No habléis con ellas, como Jesús con la Samaritana—porque Jesús era hombre;—no les pidáis agua, pero dadles, sí, el agua viva de vuestros consejos.

QUINTO SERMÓN.

Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia:
Pecar, hacer penitencia,
Y luego, vuelta á empezar.
CAMPOAMOR.

«¿Quién hallará una mujer fuerte? Es de mayor estima que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos términos del mundo. El corazón de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Ella le acarrea el bien todos los días de su vida, y nunca el mal. Busca lana y lino, de que hace labores con la industria de sus manos. Viene á ser como la nave de un comerciante que trae de lejos el sustento. Se levanta antes que amanezca, y distribuye las raciones á sus domésticos y el alimento á sus criadas. Puso la mira en unas tierras y las compró; y de lo que ganó con sus manos, plantó una viña. Revistióse de fortaleza, y esforzó su brazo. Probó y echó de ver que su trabajo le fructificaba: por tanto, tendrá encendida la luz toda la noche. Aplica sus manos á los quehaceres fatigosos, y sus dedos manejan el huso. Abre su mano para socorrer al mendigo, y extiende sus brazos para amparar al necesitado. No temerá que molesten á los de su casa los fríos ni las nieves, porque toda su familia trae vestidos aforrados. Se labró ella misma para sí un vestido acolchado, de lino finísimo y de púrpura, es de lo que se viste. Su esposo hará un papel brillante entre los jueces cuando se sentare con los senadores del país. Ella teje finísimas telas, y las vende, y entrega también ricos ceñidores á los cananeos. La fortaleza y el decoro son sus atavíos; y estará risueña en los últimos días. Abre su boca con sabios discursos, y la ley de la bondad gobierna su lengua. Vela sobre los procederes de su familia, y no come ociosa el pan. Levantáronse sus hijos y aclamaronla dichosísima, su marido también, y la alabó. Muchas son las mujeres que han allegado riquezas, pero tú te aventajaste á todas. Engañoso es el donaire y vana la hermosura: la mujer que teme al Señor, esa será la celebrada. Dadle del fruto de sus manos, y célebrense sus obras en presencia de los jueces.—Capítulo 31 de los Proverbios.»

No extrañéis, hermosas oyentes, que haya tomado como texto de mi conferencia, primero el cantar profano de un divino poeta, y luego el consejo de la sabiduría, expresado por aquél que también fué poeta—acaso el primer poeta del amor,—y que singularmente os amó

á vosotras en plural. ¿No Salomón, igual que Campoamor, os conocieron y trataron íntima y tiernamente? ¿No ambos tienen su amoroso libro de cantares? Oíd, por ende, las advertencias de los dos, y perdonadles si alguna vez han sido volubles, si han cometido infidelidades á la amada por ser fieles al amor: los dos, señoras, han amado mucho; los dos conocen profundamente el *eterno femenino*, que jamás conoció, ni mucho menos quiso Wolfgang Goethe; los dos, ya que cada mujer es un nuevo libro, según cuentan, pueden vanagloriarse de ser muy eruditos, porque han leído muchos de esos libros.

Salomón, en la epístola que acabo de leeros, dice cómo ha de ser, y realza el mérito de la buena esposa: tal parece que ese incansable enamorado de la mujer, en todas sus bellas manifestaciones, cuando fué al cielo en premio de esta virtud ó de alguna otra, no quiso gozar las delicias de los ángeles, y previo el permiso del Señor, prefirió volver al mundo; tal parece, repito, que está invisible entre vosotras, que os conoce, que os ama como yo, y que quiso pintaros, al delinear el prototipo de la bella, la honesta y diligente esposa.

El otro Salomón, el que no muere todavía, el que no está en el cielo sino en Madrid, deseando hacerse una manta de rizos rubios para tenderla sobre un colchón de bucles de morenas, Campoamor, ha escrito, como sabio sapientísimo, un *Cantar de los Cantares* y un *Libro de los Proverbios*. Ya sabéis que Salomón adquirió el don de la sabiduría, como ahora alcanzamos la felicidad: soñando. Pues bien, de igual suerte se volvió sabio Campoamor: soñando, ó lo que vale tanto, haciendo versos. Pero en esos *Proverbios* que llama él *Cantares*, tan parecidos á los Versículos de la *Sabiduría* ó del *Eclesiastés*; en esos cuartetos octosílabos, que á veces parecen avispas y otras mariposas, hay tal intención, tal agudeza, y en ocasiones tanta verdad condensada, que bien y dignamente pueden servir de texto á morales sermones. No desdeñéis, por su brevedad, esos *Proverbios*: Vico llamaba á los proverbios oráculos de Sapiencia, lengua de los dioses; preconizaron su empleo los sabios griegos y los poetas gnómicos; los usó Pitágoras en los *Versos Aureos*, para exponer su doctrina; trazábanlos en los monumentos públicos del Atica, para que el pueblo los tuviera presentes, y siente Platón que solo con leer esas inscripciones edigráficas, puede darse el mejor y más acabado curso de moral.

He aquí por qué, señoras, tras de presentaros el retrato de la buena esposa, hecho en Proverbios por el sabio Salomón (que fué casado varias veces), repito el *Cantar* ó *Proverbio* de ese otro sabio que se llama Don Salomón. . . digo, no, Don Ramón Campoamor y Campoosorio:

Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia:
Pecar, hacer penitencia
Y luego, vuelta á empezar.

Próximamente os confesaréis, y ¡ojalá sea conmigo! Ya están cubiertas las imágenes de los Santos, para no veros avergonzadas y para no oír lo que digáis al confesor; ya el trigo que sembrásteis para los altares de la Virgen, brota en espigas rubias; ya se aproxima el día en que para dar ejemplo á vuestras hijas, ó para llevarlas vestidas de blanco á la Mesa Eucarística, tendréis que venir á arrodillaros en esos viejos confesonarios, que son viejos para inspiraros más confianza; ya albean los sobrepellices de los infantes, los paños de los comulgatorios, las azucenas y la Santa Hostia. En ese día, de antiguo consagrado á la primera Comunión, hay lágrimas de madre en la luz y en el aire; en ese día todos sentimos que algunos muertos resucitan en nosotros; en ese día hay ateos, hay descreídos, que vienen como los niños á la iglesia, no á buscar la fe que dejaron olvidada, porque esa ya se la llevaron, pero sí el perfume de las rosas que sembró el cariño en la tumba de muertos ideales; en ese día, algunos desgraciados que ya no creen en Dios, creen en la Virgen, y se arrodillan cuando el sacerdote alza la hostia, porque ese sacerdote es como el recuerdo de su padre y porque esa hostia es toda la blancura de su vida.

Ya sé que vosotras todas comulgaréis el viernes próximo. Vuestras mamás se han de llamar Dolores. . . yo creo que todas las mamás se llaman Dolores; pero si llevan otro nombre, comulgaréis también, porque el nombre de la Madre por excelencia, no es el que dieron los ángeles en Nazareth, sino el que le dió el Dolor, para darle con él, por hijos á todos los humanos. Yo sé, os vuelvo á decir, que comulgaréis, haciendo antes una buena confesión; pero, otras de vuestras amigas, mis señoras, otras confesarán. . . y comulgarán. . . ¡pero de qué modo!

A riesgo de escandalizaros, voy á referiros lo que me decía un incrédulo á quien no he podido convertir, por más esfuerzos que he hecho.—¿Cuál es la eficacia de vuestra confesión?—decíame él.—Divido á las pecadoras en dos clases: las que se confiesan y las que no se confiesan. Y estas últimas, por comparación, me parecen honradas. Que una pecadora vaya al templo y ore, no me parece repugnante: irá á pedir fuerza, gracia ó virtud para arrepentirse; irá como á decir: no entro ahora porque no tengo traje digno, pero volveré en cuanto Dios me lo depare.

Esa, cuando menos, respeta el Sacramento y no lo hace cómplice ni encubridor de sus concupiscencias. Se detiene en el patio, habla con el portero, le pregunta por la salud de la familia; pero no sube, no tiene la audacia de subir y de anunciarse y de entrar en la sala. Pero otras pecadoras—ó que están consideradas como tales en nuestro estado social—llegan hasta el confesonario como á exigir, gratis, mediante una genuflexión y unas cuantas palabras de cortesía y usanza, la cédula blanca, el pase libre para llegar al Dios en quien

ellas creen, puesto que van á buscarlo, pero al que, sin duda, aborrecen, puesto que lo buscan para hacerle la peor de las ofensas: la de obligarlo á que autorice las infamias y las bajezas de su vida.

La Magdalena y la Samaritana se confesaron con Jesús; pero la Magdalena y la Samaritana no volvieron á pecar. Me diréis que esas damas al arrodillarse en la tablilla del confesonario están arrepentidas, ó creen estarlo; pero como yo veo que al día siguiente el amante —y el mismo amante—vuelve al mismo lugar de cita, á la propia hora, y como observo que esto no solo acaece una sola vez, por fatal recaída, sino que se repite doce veces al año, si la señora se confiesa cada mes y no se cansa de tener amores con el mismo hombre, deduzco, en buena lógica: ó la culpable miente al confesor, ocultándole su pecado y cometiendo un sacrilegio, ó el confesor se convierte en su encubridor y su tercero. Porque yo, confesor, le diría á esa reincidente: Con esta van tres veces, y á las tres, como dice el vulgo, es la vencida.

¡Ya no absuelvo!—Pues qué, ¿vuestro deber en el tribunal de la penitencia, *padre Job*, es nada más el de oír? ¿No tenéis la hermosa obligación de aconsejar y dirigir? Si aconsejáis y vuestros consejos no dan fruto alguno, tenemos los no católicos el derecho de afirmar que sois muy tontos y que os embaucan si os hacen cómplices en el pecado, resultando de todo ello que la confesión no solo es inútil socialmente, sino pernicioso, porque otorga en cualquier día y á cualquier hora, una absolución fácil, facilísima, de los pecados cometidos. Hay mujeres que se confiesan de igual modo que otras se lavan las manos. Se les ensucian, manos ó conciencia, cuatro ó seis veces al día, y cuatro ó seis veces se lavan ó confiesan. Estando ya seguras de esta fácil limpieza. . . no usan guantes.

El infeliz hereje, mis señoras, que pronunciaba estas palabras, se equivoca; pero da vitalidad y fuerza á su blasfemo error, la conducta de muchos cristianos malos que confiesan malamente y que pervierten los nobles fines de este Sacramento. No, no es verdad que nosotros los confesores nos limitemos á oír, callar y absolver. Habrá algunos así, porque en todas las clases hay hombres infelices que no son buenos. . . ¡Compadecedlos, porque hacen mucho mal! Pero el confesor evangélico, el confesor como San Francisco de Sales, inmortal y hasta laicamente bello, ese habla en el confesonario al penitente con la mayor de todas las elocuencias; con la elocuencia de lo que se dice en voz baja y con muchísimo cariño, con la elocuencia del que habla, no á una muchedumbre, sino á un alma. Y ese confesor dice á la esposa que ha faltado á sus deberes. Abajo de la justicia divina, cuyos inescrutables fallos no conocerás hasta que tu alma, libre y desnuda se presente á su Creador, hay otra justicia divina que se ejerce en el tiempo y se manifiesta en la humanidad. Por ella acá, en la tierra, trae todo delito su castigo; y así como el

dolor es un gemelo pensativo y enlutado del placer que siempre va en pos de su hermano, así tras del pecado va siempre, como policía astuto, el castigo. Suele el dolor no encontrar al placer ni el castigo al pecado. . . . pero solo cuando la muerte se interpone y los separa. Pero entonces los dos perseguidores corren tras de los fugitivos; y como la muerte quédase en la tierra y no hay muerte en el otro mundo, en ese los alcanzan.

Yo te perdono, porque ese es mi deber, pero jamás podré decirte: ¡quedarás impune! Procura, no reincidiendo, arrepintiéndote en lo más íntimo del alma, amenguar el castigo que te imponga esa justicia divina hecha carne, de la que te hablaba. Tal vez sea tan grande tu arrepentimiento, que haga llorar á la Piedad Suprema, única que suele desarmar á la justicia. Pero, te digo por segunda vez: ¡no quedarás impune! Si eres buena, en lo de adelante será el dolor, será el remordimiento tu castigo. Si no lo eres, yo no sé en qué día, yo no sé en qué plazo, yo no sé en qué forma vendrá la expiación: pero te aseguro que vendrá. Tampoco te amenazo con el puñal del marido agraviado, ni con la ley que castiga á la adúltera: hay maridos que matan, maridos que no matan y maridos que no tienen vergüenza. Pero no son ellos los únicos justicieros: la gran justiciera es la vida. Y ella castiga á la adúltera en la hija desgraciada, en la hija perdida, en el hijo vicioso; ella le da al pecado sangre mala para que engendre mala prole; ella ahorca á la pecadora con sus propios cabellos; ella le paga con el desprecio de los otros lo que ella dió—no en amor, porque el amor es lo que siempre obtiene perdón,—sino en vanidad ó deseos bajos. Teme á la justicia divina que está en el cielo; pero cree en la justicia divina que se hizo carne y que habita entre nosotros.

Esto decimos, mis señoras, los confesores honrados. Mas para que los incrédulos, como ese cuyas palabras cité, no tengan pretexto de hablar así, bueno es que las penitentes nos ayuden. Confesáos poco; pero bien; cuando estéis—ya sabéis á quiénes me dirijo á las amigas—cuando estéis suficientemente arrepentidas. Que se corrijan ellas . . . las amigas, de sus graves defectos, y vosotras de vuestras mínimas imperfecciones. Así, dirán los maridos de las buenas, por más herejes que sean:—¡Hombre, siempre es útil que se confiese mi mujer!—Y así los iréis ganando para la buena causa.

Pésimo es que digan como el desventurado amigo mío:—para muchas el confesor es un jabón y el confesonario es un lebrillo.

SEXTO SERMÓN.

Vamos á entrar, señoras, en la Semana Mayor, llamada así, no porque tenga mayor número de días que las otras, sino porque en ella gastan más los padres de familia. Y dije «vamos á entrar» porque no sé con certeza si las semanas empiezan en domingo ó en lunes: me inclino á creer lo último porque en domingo se descansa; de manera que ese día, es como la noche ó la cama de los otros. El Salvador resucitó en domingo y muy temprano; pero ningún artesano de los nuestros se ha levantado en el propio día á la misma hora: y aun cuentan que los lunes también para ellos continúan siendo domingos. En México, los lunes caen en martes.

Vamos á entrar, repito, en la Semana Santa, por más que no esté canonizada todavía; á la Semana que huele á huauchinango, á la Semana en que se dan pésames, pascuas, días y matracas. Debemos ponernos serios y comprarnos un vestido.

Parece que hace muchos años, allá cuando eran recientes las noticias que ahora nos comunica la agencia de telegramas postales, bajo el nombre de «Servicio de Noticias Extranjeras,» en la Semana Santa era de uso y de rigor que las señoras estrenaran un vestido. No estoy seguro de si leí ayer esta nueva en la primera plana de *La Patria*; pero creo que sí.

Hoy, mis señoras, *estrenáis* más á menudo, y hacéis bien, aunque algunos pesimistas digan que la mujer es un libro barato cuya pasta resulta un poco cara. Antes la mujer era como el ave, que empluma una vez al año. Hoy despluma con más frecuencia.

¡Lejos de mí el propósito de echaros en cara esa exigencia inoentísima! Lo que os aconsejo siempre es esto: ¡Sed bonitas! y para que seáis bonitas, indispensable ó, cuando menos conveniente, es que andéis bien vestidas.

Un sombrero elegante suele ser la disculpa de una cabeza sin meollo, y hasta se les perdona á muchas mujeres que no tengan corazón, en gracia del corsé. Desde el principio de los tiempos ha sido igual la manera de seducir: para Adán, la manzana; para Eva, la hoja de higuera. Solo que cuando toda la humanidad estaba en el Paraíso, esa hoja era de media vara. Ahora es de muchos metros.

Vestíos bien, señoras mis oyentes; ¡nunca os diría lo contrario! vestíos con todo el lujo que podáis, es decir, con todo el lujo que puedan gastar vuestros esposos; la elegancia es la peinadora de la hermosura, y el traje es la carta de recomendación que enseña el cuerpo. Más para que transmitáis mis consejos á aquellas que lo necesiten, voy á daros algunos.

Un vestido es, á veces, lo que más desviste un alma. ¿Cuál es la piedra de toque de la mujer? El diamante. Estad atentos junto al aparador de una tienda de modas ó junto al escaparate de una joyería; observad á las mujeres honradas que se detienen á ver las alhajas ó las telas: yo os diré qué miradas dicen ¡no! cuáles ¡sí! y qué otras ¡puede ser. . . ! ¡Margarita, señoras, siempre Margarita! Pero esa Margarita que tanto han idealizado la música, la pintura y la cursilería poética; esa Margarita á quien amáis sin conocerla bien y solo porque la habéis visto en el teatro vestida de blanco y con cabello rubio, esa Margarita del poema—estátua, inmortalmente hermoso é inmortalmente frío, no tiene el encanto que le han prestado los comentadores de Goethe, los enamorados de ella.

Se observa en sus cantores el fenómeno de cristalización que señala Sthendal en todos los que se enamoran. Prestan á sus amadas los hechizos de su ideal, las visten de ellos. Margarita parece ángel, porque es rubia; Margarita parece santa, porque es bella; pero acercáos á mirarla bien: deja las flores por las alhajas, desprecia á Siebel pobre por Fausto rico; se vende, para decirlo de una vez. . . Si no hubiera sido desgraciada, como lo son casi todas aquellas que se venden, la aborreceríamos. ¡Pura, Ofelia; honrada, Desdémona; santa, Cordelia!

Y así, como esa Gretchen de pelo rubio, hay muchas otras Gretchen de todos pelos que andan por ahí. También algunas salen de la iglesia, como Margarita, y pasan por la plaza. . . solo que pocas son las que tropiezan con un Fausto.

Pero lo que en el Paraíso se llamó hoja-de higuera—y era de cortas dimensiones;—lo que sobre esa hoja de higuera se llamó rocío y se llama hoy collar de brillantes, continúan siendo las más poderosas armas de la eterna serpiente, conocida hoy con el nombre de vieja tras de la cual viene un viejo. . . . generalmente hablando.

A otras que no son Margaritas ni andan *inter-pócula*, también les agradan mucho esas vanidades que son tan bonitas, que me gustan tanto y que resultan tan costosas. Querría tener mucho dinero

para comprarles todos esos alifafes que no pueden comprar todas las bonitas pobres. Ya están perfectamente vestidas por la naturaleza, que es la modista más judía porque nos cobra matándonos; pero no se les permite usar el traje, y por lo mismo, buscan ellas con justicia el que sea digno. . . . del otro. Pues bien, santamente hacen. Nada más me permito aconsejarles que no sacrifiquen á ese gusto la comida. ¡No, primero es comer y luego tirarse con los platos! No cercenen del *gasto* para agua dentrifica del Dr. Pierre, lo que les sería más útil emplear en vino de Burdeos. Primero come uno y luego se viste. . . es decir, se viste para salir á la calle. Sobre todo, señoras, no hay razón para que el marido, á fuerza de ayunos, se vaya desvistiendo de la carne que Dios le dió y quedándose en huesos, para vestir á su mujer.

También aconsejo que esta afición á los mundanos atavíos, muy natural, muy justa en las hijas de quienes son, no se manifieste de una manera solemne con repique á vuelo. Si el esposo, aunque se engañe, llega á creer que la compañera de sus días y de sus noches tiene por principal preocupación la de prenderse y adornarse, acaba por confundirla con el perchero y tratarla lo mismo. Ya ella y el *manequí* le son iguales.

Nada más justo, señoras, que procuréis llevar hermosos trajes. Conozco maridos que se gastan en el casino, en el club, en la cantina, en otras partes, lo que se vería tan bonito en forma de plumas sobre las cabezas de sus mujercitas, ó ciñendo, convertido en perlas, sus gargantas. Vosotras cumplís con ser hermosas; pero ellos están obligados á procurar que honestamente luzcáis vuestra hermosura. —Dadles cuanto os sea posible—digo yo á esos maridos;—¿qué mayor alegría que la de comprar una alegría, aunque sea momentánea—¡al fin así son todas!—á la mujer amada?

Pero también les digo á las señoras:—¿Y no podéis vosotras, pagar esos vestidos, esas joyas. . . ?—Ya, ya sé que el señor tiene la llave de la gaveta. . . . Ya sé que no podéis recibir dinero por otro camino. Pero no solo se paga con dinero. ¡Hay tantas cosas que no pueden pagarse con monedas! Si á ese brillante que os da vuestro marido en el día de cumpleaños, contestáis con una lágrima cuando él esté triste; si á ese sombrero que él mismo os pone en la mañana de año nuevo, respondéis con una sonrisa, pero no con la sonrisa de ese día, no con la obligatoria, no con la que se dirige al sombrero, sino con la que se aplaza para más tarde, para cuando se necesite; cuántos más trajes, cuántos más sombreros, cuántos más diamantes tendréis, señoras mías! ¿Qué os visten bien? ¡Muy debido. . . . siembre que no sea *debido!* Vestid vosotras de hermosura y gracia el alma. Esos trajes solo los saben hacer las buenas. . . . ¡esas buenas que solo conocen muchos padres, algunos casados y casi todos los hijos! Que paguen los maridos en el vil metal—tan

estimado por mí,—á modistas y joyeros: no podrá pagaros á vosotras el beso dado á tiempo, el nuevo traje lleno de gracia con que vestísteis vuestra inteligencia ó vuestro sentimiento. Vestíos de limpio el alma todas las mañanas, y de nuevo siempre que podáis.

El amor no es monótono sino cuando son tontos los que se aman. Lo monótono es el tédio. Y como tan fácil es para vosotras comprar vestidos nuevos á las almas; como tenéis sin estrenar, tantos millones de sonrisas diferentes; como cada palabra y cada sombrero cambia de forma en vuestras manos de hada, yo os aconsejo que os dediquéis á ese tocado interno, así como aconsejo á vuestros maridos que paguen el exterior; pero ya sabéis, señoras mías, que hoy no solo se estrena en Semana Santa, sino en todas las semanas. . . . aunque sean muy malas.

ÚLTIMO SERMÓN.

Un venerable padre de la orden de Tirso de Molina, el padre Manuel Bretón de los Herreros, dice en una de sus comedias:

No hay cosa como morir
Y resucitar después.

Deja entender que una segunda vida pasada en el propio mundo que habitamos, debe de ser risueña y deleitosa, porque al creernos idos para siempre, hacen los hombres justicia plena á nuestro mérito y, con largueza, en bondades y halagos nos compensan los agravios que nos hicieron y las penas que nos causaron. Esto es cierto en tanto que la muerte sea tal muerte y la resurrección una mentira. Si están seguros de que ya no hemos de volver, ¿para qué han de gastar la pólvora en salvas y la envidia en muertos, cuando tanto la necesitan para los vivos? Pero si supieran que al calce de un certificado de fallecimiento podría escribirse, á guisa de acotación, como en las antiguas comedias españolas: «*Mutis.*» Hace que va y vuelve.»—dígoos en verdad que serían parcos en elogios y que guardarían bajo siete llaves sus rencores para sacarlos á relucir en sazón oportuna. No; bien está la muerte como está. Es conveniente morir de veras y no resucitar sino en otro mundo, allá en donde todavía no tenemos amigos. ¿Qué resucitado dichoso podéis señalarme? Creo que resucitado hombre, solo ha habido uno, Lázaro; porque Jesús, es Dios. Y desde que Lázaro resucitó no volvimos á saber nada de él; nada dijeron los evangelistas con relación al redivivo; se calló como un muerto. El monje Alfeo, otra especie de resucitado porque pasó en éxtasis cien años, al regresar á su convento y no encontrarse con sus hermanos, lo que hizo fué morir de verdad y

de pena. Jesús mismo, con ser Dios y con haber resucitado al tercer día, cuando había lágrimas aún en los ojos de las humanas criaturas, lo hizo solo para dar una muestra de su gran poder, pero no con el designio de seguir viviendo mortal vida, puesto que, según las Santas Escrituras, no volvió á sus tareas ni á su eficaz apostolado, sino que apenas aparecíase, por instantes breves, á aquellos que más lo amaron en la vida.

Creedme ¡oh mis señoras! la muerte está bien hecha. Hay algunos afortunados que si resucitaran al tercer día de expirar, llenarían de júbilo las almas de los seres queridos; pero si esos mismos revivieran tres años después de haber rendido el postrimer aliento, acaso encontrarían un amor despierto, uno de esos cariños que jamás tienen sueño; pero, en cambio, ¡cuántos desengaños! ¡qué obscuridad y qué frialdad de olvido!

Hay que morir resueltamente; hay que decir adios sin reticencias ni condiciones; hay, en suma, que ser serio y formal para morir. Seamos indulgentes con las personas amadas á quienes dejamos en la tierra. Que nos den, mientras vivimos, toda su bondad y toda su ternura; pero no pidamos la eternidad á lo finito, ni la constancia á lo que es inconstante por naturaleza. Que nos lloren un poco: esas lágrimas calientan las almas de los pobres muertos; pero si todavía tienen capital de amor, forzoso es que le den algún empleo. Eso es muy triste, y por lo mismo, es cierto.

Yo me figuro el corazón como un búcaro al que traen sus flores otros corazones. Si se rompe este búcaro nuestro, si lo llenan de tierra, si ya en él no puede prender sus raíces planta alguna, no por ello deja de haber flores en las otras almas, y esas irán á esconderse y reclinarse en otras ánforas.

¡El amor eterno. . . ! Qué hermoso ideal! Amar siempre lo mismo, y amarlo eternamente; ser dos, y ser uno para siempre; embeberse en otra alma como la gota de tinta roja en el papel poroso; tomar el color de la mujer querida, como algunos insectos toman el color de la hoja en que se posan; llegar á la unidad absoluta y perdurable, soñar inmortalmente el mismo sueño. . . ¡qué ventura!

Pero solo los ángeles, señoras, saborean la monotonía de la felicidad. Y ellos nos ganan con ventaja, porque no tienen cuerpo, porque están fuera del tiempo y el espacio. Al meditar en ellos, muchas veces me he dicho: ¿para qué tendrán alas los ángeles? Ellos que siempre están quietos, de rodillas, contemplando á Dios, ¿para qué quieren alas?

¡Alas, nosotros los que vivimos en desasosiego inacabable; alas, nosotros que jamás pasamos luengas horas de contento en un mismo lugar; alas, nosotros que buscamos quién sabe qué por todas partes! ¡Y á nosotros negáronnos las alas que ostentan, cual prenda inútil, los querubes!

¿No observáis que en la tierra todo es mudanza sin fin y todo es metamorfosis? Ya es de día, ya es de noche; ya nieva, ya caen del sol chorros de fuego; por aquí la espiga que trae pan en su cesta de mimbre; por allá el cardo que ha sufrido y quiere hacer sufrir; ora la luciérnaga, ese átomo de relámpago, asustando al insecto que se acuesta en la yerba; ora el buho, ese trapo viejo que tiró la noche, colgándose de un santo en la torre del templo: todo es vario y mudable, todo se transforma; la vida, como una enferma, cambia de posturas en el lecho de la naturaleza, y sonríe cuando le dicen que ya está aliviada, que va ya á levantarse, y llora cuando comprende que la engañan.

El año tiene cuatro queridas: la rosa, la poma, la espiga y la nieve. Y cuando está con la blanca no piensa en la rubia; cuando besa las mejillas aterciopeladas de la poma que le da el otoño, olvida la boquita fresca del capullo.

Desengañaos, señoras, la ingratitud es inevitable; y pues que con ella hemos de vivir hasta la muerte, veamos de avenirnos á su carácter y á sus gustos, para pasarla mejor.

La fiesta de la Resurrección celébrase en la época del año más adecuada á ella. El aire, como que está de buen humor, alegre, y lleva más aprisa á los oídos el repique de las campanas; la atmósfera está caliente, sí, pero todavía no roja de calor, sino color de rosa, ruborizada; todavía no quema, ya ha bebido el generoso vino del verano, pero no se embriaga; las flores tienen el encanto de la pubertad; las aves no han visto todavía ningún relámpago; y vuestra sangre pura transparentándose, os sale á las mejillas, como una primavera interior que sale á saludar á la de afuera. Resucita la gardenia, resucita la azálea, el botón comienza á desabrocharse su corsé. Pero no creáis, aunque os parezcan iguales, que esas flores resucitadas son las mismas que en el invierno perecieron. Esas ya están en el cielo y tienen el buen juicio de no querer resucitar. Estas aroman lo mismo, tienen pétalos idénticos; pero son otras, son nuevas. . . . y por eso os gustan.

De igual manera son, hermosas oyentes, los amores. En realidad solo se ama á un solo hombre y á una mujer única: nada más que ese hombre y esa mujer cambian de cuerpo, así como nosotros cambiamos de vestido. El amor que muere, no resucita jamás: no hay amor-Lázaro. Lo entierran, y con su jugo, con su sávia, da vida á otro amor. . . ¡lo mismo que las flores! Nadie ama á una mujer que se llama Rosa ó Clara: ama un momento del eterno femenino que se llama así. Cuando ese momento pasa, como el tiempo no se detiene, llega otro momento que se llama de otro modo. Prolongar la duración de ese momento llamado Rosa ó Clara, y prolongarlo hasta la muerte, es lo que debe procurarse. Pero, como no quiero mentiros, como mi amiga íntima la vida me ha contado algunas de

sus tristezas, debo advertiros que si sois tan dichosas que prolonguéis la duración de ese momento hasta que se cierren para siempre vuestros lindos ojos, si quedan todavía algunas monedas del eterno amor en la bolsa del viudo inconsolable, tendrá al fin que transar con el *eterno femenino*, y velar en algún día vuestro retrato, como velaban los antiguos, en algunas ocasiones, la estatua de la Justicia!

Hay almas privilegiadas, mis señoras. Hay almas que se dan por completo y de una vez. Hay seres que al casarse, como las monjas al entrar al claustro, renuncian á la vida. Ya no es de ellas. Se truecan en azahares ese día de bodas; en mirto de amor mientras la esposa vive; en ciprés pensativo, guardián de la sepultura, cuando muere. Pero esas almas, señoras mías, son muy escasas, y generalmente se van del mundo antes que vosotras. Las otras, las corrientes, olvidan. Nada más en el polo dura la noche seis meses!

Bien sé que estas verdades son amargas como lágrimas. Pero consoláos, mis señoras, si es cierto que las mujeres se complacen en ver sufrir al hombre, las verdades que os dije son más amargas para el hombre. Una virgen no aspira á la posesión absoluta y plena de su prometido. Este es como de barro; la virgen es como de porcelana. En el obscuro barro no se ven las manchas; en la blancura de la porcelana hasta la menor mácula aparece. Por bueno que la novia crea á su novio, por enamorado que lo mire y por inocente que ella sea, ya vagamente sabe que ha trazado cuando menos algunos *palotes* de amor en otra escuela, que sabe leer en el libro misterioso, puesto que va á enseñarla, que ha creído amar antes de conocerla; y precisamente una de las satisfacciones que disfruta al conquistarlo, es la de arrancárselos á los demás. Con los pecadillos y deslices del hombre antes del matrimonio (y yo creo que hasta después), se debe ser más indulgente. Es un objeto de uso mucho menos delicado que la mujer: lo tiran y no se rompe; lo maltratan, lo pasan de mano en mano y es el mismo. He aquí por qué, sabiendo ó conjeturando que el marido perteneció antes á otras, la idea de que viudo y joven contraiga nuevas nupcias, no es tan dolorosa para la mujer.

El hombre sí toma ó cree tomar algo intacto, algo esencialmente virginal. Podrá la que él escoge haber sonreído, dado flores, soñado en álguien; pero ese es el amor por fuera. El orgullo de él consiste cabalmente en ser iniciador. La esposa es obra suya. Y á ella sí la mancha hasta el contacto de una mano, hasta el cruzamiento de una mirada. Porque la cree más buena, más amante y tierna, por eso es por lo que la quiere. Y por lo mismo, á la blancura, á la pureza de su pasado, quiere añadir la blancura de su cariño eterno.

¡Y otras manos vendrán á tocar esos cabellos que ningún hombre había despeinado antes que él! . . . ¡Y otros oídos escucharán esas

palabras que eran puras, que eran vírgenes cuando, por primera vez, él las oyó! ¡Y esa obra suya, solamente suya, todo lo que él enseñó en la ciencia del amor, todo lo que deja de él en esa criatura, va á pasar á manos ajenas y desconocidas, para que en ellas fructifique.

Ya miráis, señoras, cómo en esta resignación al olvido, llevamos nosotros la peor parte. No quiero contristaros ni despedirme dejándoos una triste impresión: por eso os digo que tras de la losa no se oye, y que cuando nos cierran los ojos no volvemos á ver. Yo presumo que la bienaventuranza ha de consistir en hallarnos al morir unidos para siempre y sustancialmente con los seres que amamos, así con los que se fueron antes que nosotros, como con los que dejamos en la tierra.

Dios ha de haber hecho un par de cada criatura: la que viene á la tierra y la que aguarda en el cielo, pero iguales, idénticas. Poco importa que se case con otro la compañera de quien nos separamos al morir: esa es como la imagen proyectada en un espejo. Y como en el cielo nos encontramos con la misma, pero eterna ya, y como allá todo es inmutable y no tornadizo, creemos que nuestras viudas se murieron de dolor el mismo día que nosotros. Y hasta es posible que las de allá nos digan que así fué . . . porque así sois, señoras, así sois.

De todas suertes, mis señoras, no resucitéis . . . por sí ó por no.

LAUS DEO.